

7.

EDITORIALES, IMPRENTAS Y LECTORES EN SANTA FE DURANTE LA DÉCADA DE 1930

MARIELA RUBINZAL

INTRODUCCIÓN

La *desacralización* del libro fue uno de los símbolos más contundentes de la modernidad.¹ En épocas tempranas los libros llegaban a los sectores populares de manera colateral, exigua e inclusive peligrosa como lo demuestra el fabuloso estudio de Carlo Ginzburg (1981) sobre el molinero del Friuli italiano que tuvo que atravesar el calvario de un proceso inquisitorial por leer y comentar sus heterodoxas interpretaciones. En tanto objetos, los libros permiten el traslado a zonas lejanas portando ideas, valores, imágenes que impactan en la conformación de múltiples identidades. El misterioso poder de transformación que tienen las palabras estampadas en un libro, el de convertirse en un *saber desacralizado*, ha sido altamente valorado por todas las sociedades modernas. Se trató de una experiencia que atravesó a los habitantes de diversas ciudades inclusive aquellas menos industrializadas. El intenso intercambio y las conexiones culturales a través de los libros entre autores, ciudades y editoriales de diferentes continentes, constituye una de las premisas de las “múltiples modernidades” que se desarrollaron en forma global (Girón, Hochadel y Vallejo, 2018).

Los orígenes del proceso por el cual los libros dejaron de ser “objetos sagrados”, de lujo y distinción propios de una elite para llegar a formar parte de la vida cotidiana de los sectores populares se remonta a fines del siglo XIX. Las pinturas de la época retratan a los obreros leyendo periódicos como en el conocido *Agencia de colocaciones* de Martín León Boneo (Buenos Aires, 1829 - 1915)² y también leyendo libros como en el bello cuadro *La hora del almuerzo* (1903) del pintor Pio Collivadino³. Las fotografías -otro sím-

1. La *modernidad* es definida como un conjunto de experiencias vitales (experiencias del tiempo y el espacio; de uno mismo y los demás; de los peligros de la vida) que comparten hombres y mujeres (Berman, 2001).

2. Roberto Amigo la describe con precisión: “La composición está cerrada por tres paredes de lado y abierta al espectador que contempla una mujer, la única figura femenina, acompañada de un perro, reclamando ante un hombre sentado en una mesa cubierta de hojas de avisos de los periódicos *El Tiempo* y *El Diario*.” La obra no tiene una fecha precisa, pero se estima que fue pintada entre 1898 y 1904. Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires, Argentina. Consultado en línea el 8/12/2020 <https://www.bellasartes.gov.ar/coleccion/obra/2504/>

3. Collivadino, Pío. *La hora del almuerzo* -. Óleo sobre tela 1903. 160,5 x 252 cm. Colección del Museo Nacional de Bellas Artes. Esta obra pintada por Collivadino (Buenos Aires 1869-1945) presenta un momento de descanso en el día de trabajo de siete trabajadores que ocupan este tiempo libre comiendo, conversando, riendo (aspecto que le valió críticas por

bolo de la modernidad en el universo de las imágenes- dejaron una huella visualmente poderosa de la significación que los materiales impresos tenían entre los trabajadores y trabajadoras, como aquellas famosas fotografías enarbolando los periódicos en sus manos⁴ o las que los mostraban con los impresos reposando en sus faldas.⁵ Tal como ha señalado Inés Yujnovsky (2004) las fotografías no muestran una realidad “espontánea” sino la intervención de los sujetos y los fotógrafos, quienes advertidos del impacto de las imágenes construían su representación. Es nuestro interés subrayar que en estos escenarios obreros representados a través de la pintura y la fotografía -huelgas, horas de descanso, reuniones gremiales, actos públicos- la lectura era parte de las actividades que ellos querían mostrar: los trabajadores leen, se informan, se instruyen, se divierten. Como ha señalado Mirta Lobato (2009) la lectura “como medio de acceso al conocimiento y al placer era considerada muy importante por los trabajadores y la estimularon con las publicaciones de todo tipo y la creación de bibliotecas desde fines de siglo XIX.” (p.11) Hilda Sabato (2004) ha demostrado que los índices de circulación de la prensa para esta época eran realmente altos. En efecto, en 1887 se producía 1 diario cada 4 habitantes lo cual indicaba que se habían ampliado los campos de lectura, incorporando a sectores que no circulaban por el ambiente de la elite política e intelectual.

En cuanto a los libros, durante la segunda mitad del siglo XIX se produjo un aumento en la demanda de bienes culturales en buena medida como consecuencia de la inmigración de masas, lo cual repercutió en un incremento en el número de librerías e imprentas en Buenos Aires. Las primeras editoriales fueron fundadas en este período: *Kraft* en 1862, *Peuser* en 1864 y de *Estrada* en 1869. No obstante, tal como sostiene Alejandro

ocultar el dramatismo de la explotación capitalista) y leyendo. El obrero que lee lo hace en forma concentrada encorvado sobre el libro como haciendo un esfuerzo por abstraerse para pensar en forma íntima, aun estando rodeado por sus compañeros de trabajo. Laura Malosetti Costa ha precisado: “Con pinceladas sueltas y toques de luz brillante en las manchas de cal, la composición presenta un grupo de tipos populares contemporáneos, de diferentes edades, con particular detenimiento en el estudio de las diversas fisonomías”. Consultado en línea el 8/12/2020 en <https://www.bellasartes.gob.ar/coleccion/obra/1779/>

4. “Panaderos reunidos en el local de la calle Montes de Oca” (1911); “Local social de marineros y foguistas durante la huelga general” (1904) en Archivo General de la Nación. Ver Yujnovsky (2004).

5. “Huelga de tejedoras” (1902); “Asamblea general de los cigarreros” (1904), en Archivo General de la Nación.

Eujanían (1999) el acceso al libro seguía siendo restringido para los nuevos lectores. Los libros podían ser leídos parcialmente en los cafés, peluquerías, barberías, bibliotecas populares de las cuales, inclusive, se podía retirar el ejemplar por un período de tiempo determinado. A medida que iba ampliándose el consumo entre los trabajadores y empleados (Rocchi, 1998 y 2002) aumentaba la circulación de libros. Las empresas y grandes tiendas de la época obsequiaban libros con las compras y organizaban concursos de literatura (Batticuore, 2007).

Según algunos estudios hasta la Primera Guerra Mundial la lectura predominante era la que se desarrollaba alrededor de los periódicos y los materiales que estos producían. En especial las novelas de folletín (textos que circulaban por partes incluidos en las páginas de los periódicos) proporcionaban relatos para un público amplio generando “espacios de lectura compartibles, entre un público lector que desarrollaba nuevas destrezas y otro tradicional, que comprendía y manejaba los códigos de la cultura letrada.” (Valinoti, 2016: 33-34) No obstante la coyuntura internacional impulsó una notable circulación de materiales impresos (Tato, 2005). En particular, como hemos podido analizar en otro trabajo (Rubinzal, 2017, p. 6), la Revolución Rusa profundizó un importante flujo de revistas europeas tales como *America-Latina* y *L'illustration*.⁶ El material extranjero tenía una llegada acotada (ya sea por no estar traducidos, por el precio o por dificultades en la importación) pero las editoriales nacionales y las revistas que publicaban reseñas o fragmentos de libros comenzaron a un cubrir el vacío intelectual e informativo sobre la revolución. Augusto Bunge – discípulo de Ingenieros, médico y diputado nacional por el socialismo- advertía que la principal dificultad para estudiar el fenómeno histórico eran las fuentes de información: “hay libros que presentan adulterados, unas veces a favor, otras veces en contra, hechos fáciles de rectificar en otras fuentes (Bunge, 1932, p. 10).” Tal vez la magnitud y la imprevisión son dos de los aspectos que más resaltan en los primeros escritos, informes o notas publicadas en diversos medios. “La caída del imperio moscovita es el acontecimiento más grande e imprevisto de esta guerra mundial y no se puede escribir desde ya, con exactitud, la historia de este suceso.”⁷ Tal como argumentó Beatriz Sarlo el campo intelectual argentino se dividió entre dos sentimientos: la

6. Archivo Julio Irazusta, Gualaguaychú, Argentina.

7. “Rasputin y el último de los Romanoff”, en *La Nota Revista Semanal*. s/f. Archivo Julio Irazusta. Caja 1918.

esperanza de la revolución y el miedo a la revolución (Sarlo, 2007). Los intelectuales de izquierda produjeron textos como *Impresiones de la Rusia soviética* (1921) de Rodolfo Ghioldi; *El continente rojo* (1932) y *El milagro soviético* (1942) de Augusto Bunge (1932, p. 10); *Yo vi...! En Rusia* (1932) Elías Castelnuovo. Los nacionalistas también publicaron su propia versión de la revolución como *Maximalismo* de José M. Samperio publicado por la Editorial Soiza, de Buenos Aires, que para 1920 ya iba por la tercera edición. También la colección de la Editorial Bayardo (de los hermanos Luccia-Puig) llamada *Libertad* dirigida por Gustavo Martínez Zuviría. La primera obra de esta colección fue *Después de la victoria del socialismo* de Eugenio Richter. La novela “es una confrontación imaginativa de las ilusiones que arrastran a las masas socialistas y la realidad que fluye necesariamente de los supuestos sobre los cuales flotan esos ensueños.”⁸ Este acontecimiento sumamente significativo a nivel global nos permite ver dinamismo intelectual y editorial que comienza a incrementarse hacia fines de la primera década del siglo.

Las revistas y otras publicaciones periódicas tuvieron un papel fundamental no sólo en la difusión del libro y la lectura, sino también en la movilización de lectores en la esfera pública. En otras palabras, las publicaciones periódicas funcionaron como “dispositivos culturales complejos” que incluían entre sus objetivos y potencialidades la movilización de sus lectores en la esfera pública. Relevando revistas y periódicos de la época encontramos que la organización de eventos culturales, políticos, religiosos y recreativos para los lectores era muy frecuentes.⁹ Argumentamos que estas actividades compartidas posibilitaban la instauración de lazos basados en las experiencias de lecturas y la configuración de comunidades de lectores que no sólo leían en el espacio privado de sus hogares, sino que circulaban por la ciudad al tiempo que se vinculaban con otras personas que compartían sus preferencias culturales y políticas (Rubinzal, en prensa).

Como es sabido, la Guerra Civil Española ha sido una coyuntura clave para el desarrollo exponencial de editoriales nacionales y de puestos de trabajo calificados en distintas áreas de la industria editorial (Rivera, 1998 y 1981; De Sagastizábal, 1995). También

8. Legón, Faustino (1920, octubre). “Después de la Victoria del socialismo”. *Estudios*, XIX, pp. 273-277.

9. Ver por ejemplo el caso de la revista infantil católica *Primeras Armas* y del diario nacionalista *Crisol*. (Rubinzal, Zanca, 2015; Rubinzal, 2012).

fue un momento propicio para la organización de los editores en el país en función de problemas, deseos y demandas comunes (Giuliani, 2018; Rubinzal y Rubinzal, 2013). En este contexto la primera Feria del Libro realizada en Buenos Aires en el otoño de 1943 fue el resultado de múltiples factores presentes en la constitución de las industrias culturales y de una cultura de masas. Tal como hemos desarrollado en otro trabajo, este acontecimiento instituyó un verdadero éxito cultural, empresarial y político. Además, tuvo una dimensión nacional en tanto la visitaron personas de distintas ciudades del país y periódicos provinciales cubrieron los eventos más destacados de esta novedosa experiencia cultural. En tal sentido, la Feria se enmarca en un proceso de modernización cultural que puso en evidencia la agencia de los nuevos lectores cuyos gustos y preferencias se fueron configurando en las décadas previas al tiempo que mostró las novedosas estrategias de los editores para captar estos nuevos lectores (Rubinzal, en prensa).

En el siguiente apartado nos volcaremos a analizar, desde una perspectiva multiescalar, el mundo editorial santafesino en una época de transformaciones políticas y sociales (Macor, 2005; Macor y Bacolla, 2009; Fernández y Videla, 2008; Muller, 2011; Piasezzi, 2009; Roldán, 2012). En este sentido intentaremos contribuir al campo de estudios de la edición en el país y a los estudios situados sobre la modernización cultural en el período de entreguerras. En particular, este trabajo comprende la ciudad capital y sus zonas de influencias ubicadas en el centro norte de la provincia. En este sentido argumentamos que pese a la consolidación tardía de la figura del editor -tal como han argumentado Orge y Bertolino (2018)- la circulación de libros mirada en su conjunto, enfocando no sólo la edición comercial sino también la edición universitaria y la distribución de libros mediante las bibliotecas populares, proporciona un escenario signado por el dinamismo cultural en muchos sentidos destacable.

IMPRENTAS Y EDITORIALES SANTAFESINAS

El crecimiento de la industria editorial en el país y en la región fue posible gracias a una serie de elementos económicos, estructurales, tecnológicos y culturales a partir de los cuales se produjeron cambios significativos en el sector. Algunos ya han sido mencionados en el apartado anterior por lo que aquí enfatizamos el más significativo que fue el aumento de la alfabetización. En efecto, esta fue la principal condición para la amplia-

ción de un mundo de lectores. En el transcurso de la década de 1930 todas las provincias redujeron sus tasas de analfabetismo, como la de Santa Fe que pasó de tener 33,8 % de analfabetos en 1914 a tener 14,9% en 1943.¹⁰ No obstante, la conformación de un público lector y la producción de materiales impresos no aseguran por sí solos la lectura. Esta práctica que requiere múltiples competencias depende de algo fundamental: el deseo de leer. Como ha señalado Joel Horowitz (2016) en nuestro país el deseo de leer reflejaba altas tasas de alfabetización, la conquista de tiempo de ocio entre los trabajadores y la creencia en el progreso personal a través del conocimiento por esto existieron tantas bibliotecas fundadas por los ciudadanos. La importancia de las bibliotecas tanto las creadas por el estado, los consejos escolares como las organizadas en los barrios por los vecinos o grupos políticos fueron un pilar de la cultura popular (Gutierrez y Romero, 1989): la Biblioteca del Consejo Nacional de Educación, cuyo director fue el conocido escritor Leopoldo Lugones (desde 1915 y hasta 1938) recibió en 1915 a 23,000 personas mientras que en 1927 esa cifra se incrementó a 115,000 lectores. El aumento se dio tanto entre los adultos como en los niños que visitaban la sección infantil de la biblioteca (pasaron de 3,500 en 1915 a 50,000 en 1927). En Rosario, la Biblioteca Argentina en 1913 fue visitada por 10.885 lectores y en 1941 las bibliotecas en su conjunto tuvieron 450.000 lectores que consultaron unas 200 mil obras según el Anuario estadístico de ese año (Roldán, 2012, p. 175). Los estudios sobre las bibliotecas populares en Santa Fe las definieron como espacios solidarios de educación popular (Galassi, 2006), como “un espacio de convergencia que construye una nueva idea de ciudadano” (Rodríguez, 2017), inclusive como “altares de una religión laica” o “refugios de la cultura” (Roldán, 2012). Las bibliotecas fueron muy importantes en la difusión de libros publicados en la región tal como se desprende del análisis de la cartera de clientes de la editorial de la Universidad Nacional del Litoral. Si bien las bibliotecas fueron indispensables en la difusión de materiales impresos la circulación entre familiares y vecinos de libros prestados también fue una vía de acceso a la lectura. Esto supone que más allá de las posibilidades de adquirir un ejemplar el deseo de leer llevaba al encuentro de los lectores con los libros. Al mismo tiempo los quioscos de diarios “se convierten en las nuevas librerías de la esquina” (Valinoti, 2016: 34) o, mucho más aún, en un “dispositivo cultural donde quizás se producían

10. Dirección del Censo Escolar de la Nación «El analfabetismo en la Argentina», en *El Monitor de la Educación Común*, vol. 63, n° 859, Buenos Aires, 1944, pp. 10-32.

los primeros encuentros entre lectores y publicaciones” (Bontempo, 2014). Estos sitios de venta típicamente urbanos permitían un acceso inmediato y espontáneo al material de lectura, diferente al sistema de suscripciones predominante a fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX.

Efectivamente, la lectura de periódicos y revistas ha sido el puntapié inicial de la ampliación de la lectura cotidiana en los sectores populares. En la ciudad capital surgieron periódicos como *Santa Fe* (1911) dirigido por Salvador Espinosa; *El Imparcial* (1914) dirigido por Carlos y Eradio Doce; y *El Litoral* (1918) fundado por Salvador Caputto y Pedro Vittori el cual sigue vigente en la actualidad. Este último tenía una sección Literaria que en los treinta y cuarenta ofrecía historias y cuentos breves a sus lectores. Durante las primeras décadas del siglo XX el universo de publicaciones santafesinas se fue diversificando. Aparecieron revistas tales como *La Razón* (1914); *La revista Argentina* (1915); *La Campana* (1919); *Pierrot* (1919); *Vida* (1922); *Troqueles* (1922) dirigida por Carlos Carraza; *Fidias* (1923); *Revista Municipal* (1926); *La Franja* (1931); *Vida Nueva* (1932); *Orientaciones* (1937); *Impulso* (1938); *Vínculo* (1938); *Nuestra Idea* (1938) “y una veintena más de revistas, pertenecientes a instituciones culturales, comerciales o ideológicas”.¹¹ Alejandro Eujanián sostiene que entre 1900 y 1941 se publicaron como mínimo 1039 revistas en Buenos Aires y 637 en el interior del país, siendo preferidas por el público porque permitían una lectura distendida por varios días ya que su contenido no tenía una vigencia efímera como las noticias del periódico. En su opinión, las revistas fueron “uno de los grandes difusores de saberes y prácticas que, articulados con la experiencia propia de los sectores a los cuales iban dirigidas, contribuyeron a la cristalización de ciertos criterios de gusto, hábitos y costumbres (Eujanian, 1999, pp. 95-96).”

En Santa Fe la producción intelectual, tanto la literaria como la científica, fue material de publicación de imprentas y talleres gráficos que, aunque con un volumen exiguo de publicaciones anuales subsistieron al menos hasta entrados los años cuarenta. Si bien no abundan fuentes sobre las ediciones de estos talleres e imprentas, la existencia de un catálogo editado en ocasión de la Muestra del Libro Santafesino realizada en 1947 en el Club del Orden permite reconstruir en parte ciertas características de las ediciones;

11. Cámara de Diputados de la Provincia de Santa Fe. *Historia de las Instituciones de la provincia de Santa Fe*. Palo Alto Impresión&Digitalización. Santa Fe, 2011, p. 93.

calcular a grandes rasgos la cantidad de volúmenes publicados al año; deducir la duración de las empresas y conocer a los autores santafesinos. También es posible comprobar que una cantidad reducida de autores publicaban en el exterior (particularmente en Francia, España, Uruguay) lo cual demuestra la existencia de redes intelectuales sólidas y fecundas entre intelectuales santafesinos y los de otras metrópolis modernas. Asimismo, una gran cantidad de autores publicaban en las múltiples editoriales establecidas en Buenos Aires. En esta muestra se exhibieron 1.300 obras pertenecientes a más de 600 autores locales lo cual no representa todo el universo intelectual y editorial, pero permite reconstruir de forma suficientemente precisa la primera mitad del siglo XX. De la lectura del catálogo de obras escritas por autores santafesinos (o residentes en la ciudad) se desprende que entre 1876 y 1947 existieron al menos treinta imprentas en la ciudad.¹² La mayoría de estas imprentas habrían tenido una exigua producción de ejemplares (tal vez, uno o dos ejemplares anuales) por lo que la principal actividad comercial de las mismas no habría sido la edición de libros. La imprenta *La Elegancia* fue fundada en 1889 por un inmigrante del friuli italiano llamado Virgilio Colmegna¹³ (Lammertyn, 2011). Virgilio había aprendido las artes de la tipografía en su casa paterna y se dedicó a enseñar el oficio en la Escuela Leandro Alem de la ciudad de Santa Fe. Su libro *Manual de tipografía* fue un aporte fundamental al oficio en la medida que fue consultado por todos sus estudiantes. Al regreso de un viaje a Italia por un acontecimiento familiar, funda la librería y editorial *La Artística* en la cual trabaja hasta 1937. Como se ha señalado en otros estudios las

12. Los años que acompañan el siguiente relevamiento indican las publicaciones que encontramos (no su fundación) de las siguientes imprentas: Imprenta "El eco del pueblo" (1876); Imprenta El Tribuno (1884); Tipográfica "La revolución" (1887); Imprenta Librería y Bazar La unión (1898); Ediciones JA del sastre y Cía. (1907-1908); Editorial Martínez Zuviría y Cía. (1907); Imprenta La Elegancia (1895-1913); Tipográfica y encuadernadora Nueva Época (1897-1899); Imprenta Benaprés (1897); Imprenta La Unión Santa Fe (1901-1933); Imprenta Ramón Ibáñez /1907-1909; Imprenta El éxito /1910-1914; Imprenta Morales (1910-1923); Editorial De Carolis (1913); Imprenta El Nuevo Día (1909); Imprenta Las Escuelas (1909); Imprenta La Velocidad (1907-1918); Imprenta La Opinión (1905); Imprenta La Moderna (1909); Imprenta El progreso (1896-1909); Taller Grafico Antoñanzas (1937); Editorial JF Ribles (1910-1920); Imprenta Salatin Hnos. (1918); Taller Diario Nueva Época (1919); Imprenta Comercio e Industria (1926); Imprenta Martínez hermanos (1931); Imprenta Belgrano (1942); Talleres Gráficos renovación (1942); Imprenta de la Universidad Obrera de Santa Fe (1944).

13. Lammertyn, M., Colmegna: recuerdos de un hito en la cultura santafesina. (19 de marzo de 2011). *El Litoral*.

primeras décadas del siglo XX son “una época de organización del espacio editorial” (Valinoti, 2016) por lo que encontramos una cantidad importantes de publicaciones producidas por pequeñas imprentas y talleres gráficos que a editaban a un ritmo variable y exiguo. En los años veinte, *Talleres gráficos Cattáneo* comienza a editar libros de poesía, educación, derecho, religión de autores reconocidos en el medio santafesino tales como Pio Pandolfo, Luis Bonaparte, Dana Montañó, Alfonso Durán entre otros. Si bien la actividad editorial es constante (al menos hasta el año 1947 cuando se imprime el catálogo) la cantidad de ejemplares publicados por año no parece haber sido muy superior a las otras imprentas (para 1940 figuran en el catálogo 3 obras que podrían ubicarse dentro del género del ensayo y la novela literaria). Paralelamente los *Talleres Gráficos e Imprenta El Litoral* tienen un catálogo parecido en cuanto a la heterogeneidad de géneros y autores, aunque predominan los de derecho e historia y literatura como el célebre libro *Santa Fe, mi país* de Mateo Booz publicado en 1934. Asimismo, la trayectoria muestra una actividad constante desde fines de los años veinte hasta mediados de los cuarenta y un volumen exiguo de publicaciones por año. Dentro de las imprentas del estado se destaca la *Imprenta de la Provincia de Santa Fe* que durante el mismo período editó desde actas hasta libros de poesía, botánica e historia.

Según una serie de consultas realizadas en 1924 por el diario porteño *Ultima Hora* algunas personalidades del mundo del libro creían estos años veinte no habían sido fecundos para el sector. La muestra de 32 personas encuestadas por el diario recortaba un perfil del universo editorial, un grupo que reunía a consagrados e ignotos entre los cuales no había editores con catálogos accesibles al gran público (como Antonio Zamora) ni jóvenes del llamado grupo de Boedo (Gació y García Cedro, 2011). Pero sobre todo se trata de miradas porteñas sobre el libro y la edición. Es decir, el diario no recoge opiniones sobre lo que sucede en otras ciudades y/o regiones del país. Cesar Caminos, autor santafesino que desde los 18 años vivía en Buenos Aires, participa de la encuesta sin hacer referencias a su región natal. No obstante, algunas de las problemáticas planteadas por escritores, críticos, periodistas y editores en dicha encuesta eran comunes a la actividad editorial en su conjunto. Por ejemplo, el elevado valor de la materia prima, el papel, que debía pagar un impuesto en la aduana fue problema que constituyó una de las principales demandas de la época y que fue sostenida posteriormente por los editores agrupados en la Cámara Argentina del Libro. Otros de los problemas indicados

como factores que subsumían al libro argentino en una crisis, fue la escasez de difusión de las novedades editoriales y el interés de los lectores asiduos por los autores extranjeros. La supuesta invisibilidad del libro podría revertirse -en opinión de algunos- instalando librerías exclusivas para las publicaciones nacionales al tiempo que en los quioscos y otros lugares estratégicos de la ciudad el libro argentino “debía ser expuesto para que el público se acostumbre a él y vaya conociéndolo de a poco o perdiéndole la inexplicable desconfianza que hoy le inspira (en Gació, 2011, p. 57). Manuel Gleizer había calculado que entre 1922 -año en que fundó su editorial- y 1928 había editado 20.000 ejemplares lo cual requirió inversiones en propaganda y jugadas audaces como la venta de libros en las playas durante el verano. Gleizer estaba convencido de que “Al público hay que buscarlo y no esperar buenamente que concurra a las librerías.” (en Gasió p. 51) Gleizer al llegar al país se dedicó a actividades rurales en la llanura entrerriana y, luego, a diversas ocupaciones urbanas hasta que abrió una importante librería porteña llamada *La Cultura* donde supo visibilizar los libros de autores nacionales¹⁴. La propaganda, difusión y distribución de las publicaciones eran puntos claves del éxito editorial. No obstante, en este período también eran muy frecuentes las tiradas de autor de unos 500 ejemplares.

Las editoriales santafesinas con más volúmenes de publicaciones y que contaban con un catálogo importante surgen en los años treinta: la Editorial Castellví y la Editorial Colmegna ambas con un perfil comercial, no especializadas en ningún género en particular; y la editorial del Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral la cual era parte de un proyecto académico, no comercial. Orge y Bertolino (2018) señalan que estas editoriales comerciales “supieron construir sellos con una impronta reconocible” basada en la constitución de catálogos con autores de la región lo cual habría constituido una identidad editorial distintiva, fuertemente localista, que les dio un lugar en el universo editorial nacional, pero al mismo tiempo puso límites a la expansión de estos proyectos empresariales. En este sentido señalan “más que sellos escalables a nivel nacional, en lo que respecta a sus catálogos literarios, y a pesar de alguna excepción, parecen haber funcionado como una suerte de departamento de publicaciones de un sector de la clase letrada de la región, con un claro proyecto pedagógico de vindicación cultural regionalista.” (Orge y Bertolino 2018, p.16) Haciendo un relevamiento de la biblioteca de Juan

14. Manuel Gleizer nació el 5 de junio de 1889 en un pueblo llamado Ataki situado en un territorio que en ese entonces formaba parte de Rusia.

Domingo Perón podemos constatar la existencia de una docena de libros de la editorial Castellvi, dos de Colmegna y veinte de la Editorial Universidad Nacional del Litoral.¹⁵ Si bien la biblioteca de un presidente no es la más representativa nos permite ver que en cierto sentido los libros podían llegar a bibliotecas privadas de otras ciudades. Un segundo relevamiento, esta vez en realizado en dos de las principales bibliotecas públicas del país -como la Biblioteca Nacional del Maestro y la Biblioteca Nacional- revela que los libros publicados por las tres editoriales santafesinas en este período se encuentran casi en su totalidad en el acervo bibliográfico de las mismas. Una indagación en los libros ingresados en las bibliotecas demuestra que la Editorial Colmegna publicaba no sólo autores santafesinos sino de otras procedencias como Efrain Bischoff; Pedro Inchauspe, Santiago Muñagurría.¹⁶ Asimismo la editorial del Instituto Social contaba con un amplio catálogo de autores también de diversas procedencias. Por lo tanto, si miramos el catálogo de las editoriales en su conjunto advertimos que los proyectos incluían a autores de distintas partes del país y temas de relieve para diferentes regiones.

La *Editorial Colmegna* fue fundada por los cinco hijos (tres varones y dos mujeres) de Virgilio, alrededor de 1940, siguiendo la trayectoria editorial comenzada a fines de siglo XIX por su padre al crear la Imprenta *La Elegancia*. Muchos de los operarios que trabajaron en la editorial habían sido alumnos de tipografía de Virgilio Colmegna. La biografía de Virgilio Colmegna replica la de otros imprenteros y editores que llegaron al país desde Europa a fines del siglo XIX. Proveniente de una familia de tipógrafos fue una personalidad destacada en la Santa Fe de entreguerras en el mundo de la cultura. Sus trabajos fueron presentados en exposiciones internacionales: recibió una mención de la Exposición Universal de París (1890) y sus trabajos estuvieron presentes en la Exposición Internacional de Milán (1906) entre otras. En la ciudad, además de su prestigio comercial se valoraba su trabajo docente y su participación en los centros de la colectividad italiana.¹⁷ Además de la publicación de libros y de los trabajos en la im-

15. Archivo General de la Nación, Biblioteca de Juan D. Perón.

16. Biblioteca del Maestro. Catálogo en línea, <http://www.bnm.me.gov.ar/catalogos/> Biblioteca Nacional Mariano Moreno, Catálogo en línea <https://catalogo.bn.gov.ar/F/289LH8PRMXIP5XAVFFC2P2X9YSIU3R157UCCLV7RJXVA9A5LTH-33441?func=find-b-O> Ambos consultados 21/12/2020.

17. Don Virgilio Colmegna. Centenario de su nacimiento (16 de enero de 1958). *El Litoral*, s/p.

prenta (estampillas fiscales, memorias y balances, libros de contabilidad, papelería para la administración pública, tarjetas personales, entre otras cosas) se hacían placas de bronce, se vendían artículos de librería y muebles de oficina (Lamertyn, 2011). La *Librería y Editorial Castellví*, ubicada en el centro comercial de la ciudad (San Martín 2355), también vendía artículos de librería y realizaba numerosos trabajos de imprenta para la ciudad y el interior de la provincia. En la mitad del enorme salón que tenía salidas a dos calles estaban instalados los talleres de imprenta y encuadernación. En el taller tenían varias minervas que eran las máquinas tipográficas de más utilizadas desde finales del siglo XIX hasta que aparecieron las primeras prensas cilíndricas; impresoras planas, linotipos donde -hacia 1950- trabajaban alrededor de cuarenta personas. Esta editorial se interesó por constituir un catálogo y elaborar un proyecto editorial moderno. La cantidad de títulos publicados anualmente señalan un ritmo creciente y constante, llegando a publicar en 1945 al menos 17 títulos (que son los que constan en el catálogo de la muestra). Los tópicos que se editan son heterogéneos: novelas históricas, derecho, odontología, educación, política, cocina, etnografía. El género que más obras publica este sello es la literatura en general, específicamente poesía y relatos lo cual se explicaría por una decisión de mercado. La editorial universitaria no publicaba este tipo de libros sino en todo caso algún ensayo sobre teoría lingüística o literaria. En 1950 Castellví sufrió una destrucción casi total de sus instalaciones (y de los trabajos de edición en marcha) debido a un desperfecto eléctrico.¹⁸ No obstante, logró reconstruir el taller y seguir con la editorial y sus actividades vinculadas. Orge y Bertolino señalan que la figura del editor profesional en la provincia de Santa Fe es de consolidación tardía y que muchas veces la edición al generar insuficientes ingresos debía complementarse con otros oficios (Orge y Bertolino, 2018) como es el caso de estas editoriales que complementaban sus ingresos con los artículos de librería y la impresión por encargo.

Las ediciones del Instituto Social (creado en 1928) aparecieron en un mercado editorial

Hemeroteca Digital. Archivo de la Provincia de Santa Fe

18. En la Librería y Editorial Castellví S.A estalló anoche un incendio que arrasó con los talleres gráficos, ocasionando cuantiosos daños (13 de junio de 1950). *El Litoral*, s/p. Hemeroteca Digital. Archivo de la Provincia de Santa Fe

local y nacional en plena expansión. En este contexto los representantes del proyecto extensionista universitario estaban convencidos de que las publicaciones eran una vía fundamental para diseminar, difundir y expandir el conocimiento generado en las universidades. En este sentido, el Instituto contaba con un capital esencial para la empresa editorial: un conjunto de autores destacados que se desempeñaban en el cuerpo docente de la casa de estudios (o eran profesores visitantes) y que además eran reconocidos a nivel nacional. Sin embargo, las publicaciones eran distribuidas en forma gratuita o a muy bajo costo -ya que el objetivo de esta editorial no era el rédito comercial- con lo cual los autores no contaban con ganancias relativas a las ventas. De esta manera, muchos de los autores publicaban también con otras editoriales tanto locales como nacionales.

El Instituto Social tenía en su catálogo todo tipo de publicaciones: folletos, conferencias y hojas instructivas además de los libros propiamente dichos. Este material se distribuía comúnmente entre profesores, alumnos, establecimientos de enseñanza, pero también llegó a bibliotecas y particulares que lo solicitaron.¹⁹ Los precios de las publicaciones eran realmente accesibles ya que el costo promedio era de \$ 0.20 m/n por ejemplar “reducido si se considera que entre ellas figuran libros de más de 200 páginas y algunos abundantemente ilustrados”.²⁰ Relacionando el precio de algunos de los materiales editados por el Instituto con los consumos masivos de los sectores populares se puede concluir que los libros efectivamente estaban al alcance de todos.²¹ Para llevar adelante este proyecto editorial la universidad montó una imprenta propia, luego de una larga licitación.²² La puesta en funcionamiento de la imprenta significó un aumento exponencial

19. *Memorias del Instituto Social 1928-1932*. (1934) Santa Fe, Imprenta de la UNL, p. 41.

20. Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral (1940). *El Litoral*, Anuario.

21. Las entradas a los cines variaban entre 0.20 y 0.50 centavos de acuerdo con el lugar de la ciudad donde estaba emplazada la sala; el pescado de río (como por ejemplo el amarillo, una de las especies más comunes que viven y se reproducen en el río Paraná) podía conseguirse a 0.40 o 0.50 centavos en las ventas ambulantes, aunque el precio subía en las pescaderías. Los periódicos se mantuvieron prácticamente en 0.20 centavos y los cigarrillos marca 43 de la empresa Piccardo que valían 0.20, 0.30 y 0.40 centavos según el paquete que se comprara.

22. La imprenta incorporó la tecnología editorial para llevar adelante los proyectos de la Sección Publicaciones, durante la gestión del Rector Roque Anselmo Izzo en el año 1929. En 1930 la misma fue transferida a la órbita del rectorado, lo cual, aunque amplió el material que se imprimía, no significó una reducción de la cantidad de títulos publicados por el instituto.

de la producción editorial: de un ejemplar publicado en 1929²³, se pasó a publicar 12 títulos en 1930. Entre las publicaciones de este año se destacan temas de salud («Función de las vitaminas en la nutrición»; «Razón fisiológica de la jornada de ocho horas», «Higiene escolar»); temas de filosofía, historia y cultura («La piedra filosofal»; «Principios y fundamentos de la reforma universitaria»; «El problema cultural Oriente-Occidente»; «Santa Fe y el Uruguay»); temas de arquitectura («Eurindia en la arquitectura americana»); y de matemática («La cuadratura del círculo»). Los autores son reconocidos en el medio académico y social: José Babini; Josué Gollán (h); Julio V. González; Juan Mantovani; José Luis Busaniche entre otros. Los siguientes años las publicaciones variaron entre nueve (1931) y siete en 1932 (más dos ejemplares en prensa) algunas de las cuales tuvieron una tirada significativa de 5.000 ejemplares. El catálogo de la editorial universitaria está elaborado pensando en un lector preocupado por los problemas sociales e interesado por los temas científicos. No obstante, las políticas editoriales pueden prefigurar, pero no excluyen de antemano a ningún lector. La zona donde se cruzan prácticas de lecturas, las elecciones de los lectores y los proyectos editoriales es sin dudas la más difícil de reconstruir. Hacia el final de 1935 -momento en que las publicaciones están bajo la dirección de José Babini- la editorial contaba con 43 publicaciones en su catálogo con una impresión total de 126.500 ejemplares, casi todos distribuidos directamente a los lectores, bibliotecas y asociaciones.²⁴ Los textos abarcaban distintas materias como el derecho penal; la biología; la botánica; la salud mental; la pedagogía; la historia; la literatura; la música; la danza; y también temas rurales, obreros, filosóficos; etc. Las tiradas variaban entre 1.000, 1.500, 3.000 o 5.000 ejemplares dependiendo del libro y la calidad de los textos que fue reconocida mediante un diploma de honor otorgado en la Primera Exposición del Libro Americano y Español (1936) organizada por la Universidad de Chile.

La distribución fue un aspecto clave de la difusión de la editorial universitaria, y un elemento distintivo en relación con otras editoriales de la época. Hacia el año 1939 los títulos de la editorial universitaria llegaron a 100 y las tiradas acumuladas en los primeros

23. "El problema actual de la lepra" del Dr. Enrique Fidanza, médico especialista en enfermedades de la piel y profesor titular de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional del Litoral (Rosario) desde 1922

24. *Memorias del Instituto Social, 1933-1936*. (1937) Santa Fe: Imprenta de la UNL, p. 17.

10 años de trabajo editorial llegaron a 250.000 volúmenes. Según las memorias del Instituto Social los libros habían llegado a países de América y de Europa. El mapa de distribución publicado por el mismo instituto visualiza la llegada del material a distintas zonas del país y a los países limítrofes, aunque no se ha podido corroborar el envío de publicaciones al continente europeo.²⁵ Las fichas de distribución muestran para 1937 una cartera de 2.537 clientes dividida entre profesores (455); bibliotecas e instituciones varias (836) y particulares (1.246)²⁶ que se incrementaba año a año llegando a un total de 2.800 clientes en 1939. Los lugares donde se han remitido las publicaciones muestran una concentración en las provincias donde se asentaba la predecesora Universidad regional: Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes.

Las publicaciones anuales de la editorial universitaria no superaban las de las editoriales comerciales locales e inclusive en algunas coyunturas fue notablemente menor en número de títulos. Después de un pico de publicaciones en el año 1936²⁷ la curva de las publicaciones se estabilizó: en 1937 de las 8 publicaciones autorizadas solamente se distribuyeron dos; en 1938 se elevaron los índices con 11 nuevos títulos; en 1939 volvieron a ser 8 de las cuales solo la mitad fueron obras nuevas y las otras cuatro fueron reimpressiones. En 1940 se publicaron apenas cinco títulos y se distribuyeron otras publicaciones del instituto y de la universidad. El catálogo se organizó alrededor de las siguientes colecciones: 1) *Extensión Universitaria*; 2) *La Constitución Argentina*; 3) *Museo Social*; 4) *Biblioteca Pedagógica*; 5) *La enseñanza secundaria*; 6) *El problema*

25. En efecto las publicaciones fueron enviadas a más de 100 localidades de la provincia de Santa Fe; a 33 localidades de la provincia de Buenos Aires (incluyendo La Plata); a 36 localidades de la provincia de Entre Ríos; a 26 localidades de la provincia de Corrientes; a 22 localidades de la provincia de Córdoba; a 6 de la provincia de Tucumán; a 3 de la provincia de Misiones; a 3 de la provincia de La Pampa; a 3 de la provincia de San Luis; a Colonia Clorinda y a la capital de Formosa; a Godoy Cruz y a la capital de Mendoza; a Chapihuasi y a la capital de La Rioja; a La Banda y a la ciudad de Santiago del Estero; a la ciudad de Catamarca; a Resistencia en Chaco; a Trelew en Chubut; a San Salvador de Jujuy; a la ciudad de Salta; a la ciudad de San Juan. Memorias del Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe (1940).

26. *Memorias del Instituto Social de la UNL 1937-1940*, (1941). Santa Fe: Imprenta de la UNL, p. 15.

27. En 1936 se editaron 22 folletos de los cuales 13 eran nuevas ediciones y las nueve restantes correspondían a reediciones.

del camino; 7) *Temas Rurales* y, 8) *Temas Obreros*.²⁸ No obstante como hemos podido observar los títulos impresos en la década del treinta eran extremadamente variados y excedían las colecciones mencionadas. En general se trató de un catálogo especializado que de alguna manera se desmarcó -aunque no totalmente- respecto la tendencia del mercado editorial orientado a los nuevos consumidores. Según los registros oficiales, el género que tuvo más difusión entre los lectores fueron las novelas de ficción. En efecto, la primera estadística del Registro Nacional de la Propiedad Intelectual muestra que un gran número de las obras editadas en 1936 pertenecían a dicho género. De esta manera, el catálogo universitario no dirigía sus productos a un enorme sector de consumidores que había emergido y consolidado durante el período de entreguerras: infantes, adolescentes, mujeres. No obstante, los textos del instituto al ser distribuido masivamente, a todo el territorio nacional y a precios realmente bajos (cuando no eran directamente canjeados por otras publicaciones similares) podrían ser incluidos en la tendencia de la edición moderna signada por una voluntad de democratizar saberes a través de la lectura.

Los estados provincial y municipal intervinieron de diversas formas en el mundo editorial local. En primer lugar, diferentes organismos del estado tenían sus propias imprentas comenzando por Imprenta de la Provincia de Santa Fe que desde al menos 1918 se encargaba de imprimir el Boletín Oficial, actas y otros insumos como papeles membretados y sobres oficiales, aunque también imprimió libros de poesía, agricultura, botánica e historia. En los años cuarenta se registra una actividad moderada de los Talleres gráficos de la Penitenciaría; Ediciones Ministerio de Instrucción Pública y Fomento; Ministerio de Trabajo y Economía; Ministerio de Salud Pública y Trabajo. En segundo lugar, el gobierno conservador de Iriondo impulsó en 1937 la sanción de una nueva Ley de imprenta (Nº 2548)²⁹, denominada “ley mordaza” por la oposición. Esta disponía que los requisitos

28. El Instituto Social de la Universidad del Litoral. (1940) *Universidad* 6: 57-64. Recuperado el 16/10/20 en <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/handle/11185/3138>.

29. Esta nueva ley sustituyó la “Ley de Imprenta” del 2 de octubre de 1876 la cual condenaba “toda publicación por la prensa, en cartel, anuncio, hoja suelta, periódico o folleto que contenga una producción subversiva o sediciosa, obscena o inmoral, calumniosa o injuriosa”. Tal como explica Alejandro Damianovich hacía responsable tanto a los autores como a los imprenteros, por lo que creaba un registro de establecimientos gráficos en todo el territorio provincial para su más estricto control. En 1879 se sancionó una modificación a esta ley

para desempeñarse como editor eran: ser argentino o tener dos años de residencia inmediata en el lugar de la publicación, justificar una solvencia material, por lo menos hasta \$10.000, o dar fianza equivalente. También era indispensable que el editor pusiera en conocimiento al juez del Crimen correspondiente su proyecto comercial brindando sus datos personales y de sus proyectos editoriales, para su autorización y anotación en un registro de las imprentas y publicaciones existentes en cada jurisdicción.³⁰ Las imprentas que no se registraban en la administración pública serían consideradas clandestinas y podían ser clausuradas. La ley también estipuló el control de los contenidos de las publicaciones (Prol, 2009).

¿Cómo afectó esta ley al campo editorial? La ley fue resistida fundamentalmente por los directores de la prensa provincial. Los directores del diario Democracia (Rosario) y el diario El Litoral (Santa Fe) -junto a otros de periódicos locales- entablaron un conflicto con el gobierno que terminó con la derogación de un artículo especialmente antipático para el sector: el pago de una fianza de diez mil pesos. No obstante, los conflictos siguieron hasta que el gobernador Argonz finalmente la deroga en 1943. Los editores no participaron de los múltiples conflictos entablados en relación con esta ley y que fueron ampliamente cubiertos por la prensa local³¹, lo cual podría indicar que no se vieron afectados por la ésta.

donde se reglamentaban “las acciones de injuria y calumnia por abuso de la libertad de imprenta podrían establecerse en el juzgado popular previsto en la ley de 1876, o ante los jueces ordinarios de la provincia. Luego fijaba los mecanismos para conformar anualmente una lista de sesenta vecinos de cada circunscripción judicial para conformar los jurados que intervendrían en los juicios por delitos de imprenta”. (Damianovich, 2013, p. 86).

30. Cámara de Senadores de la Provincia de Santa Fe, Texto original de la Ley N° 2548, Santa Fe. Ver Piazzesi, s/f y 2001).

31. Ver *El Litoral* El círculo de la prensa ha propiciado ante el Dr. Iriondo ciertas reformas a la llamada Ley de Imprenta, 9-10-1937, p. 4; Ha quedado firme el auto de inconstitucionalidad de la Ley de Imprenta del Juez Rinesi, 5-11-1937, p. 2; La aplicación de la ley provincial de imprenta. 16-3-1938, p. 3; Recién el C. de la Prensa publica el memorial que elevó al PE sobre reforma de la Ley de Imprenta; 27-4-1938. P. 4; Las modificaciones a la ley de imprenta; 19-5-1938, p. 3; Inconstitucionalidad de la Ley de Imprenta, 6-10-1938, p. 5; El juez Dr. González declaró la inconstitucionalidad de los artículos 12,15 y 16 de la ley de imprenta, 6-7-1940, p. 5; La derogación de las leyes de imprenta y e “defensa social”, 6-4-1941, p. 3; Derogación de la Ley de imprenta, 28-4-1941, p. 4; Derogación de las leyes de imprenta y de defensa social; 18-12-1942. p. 4; Se pide la derogación de la ley de imprenta, 3-5-1943. P. 5; El PE solicitó la derogación de la ley de imprenta, 13-5-1943, p. 4; Derogación de la Ley de imprenta

En tercer lugar, se destacan la creación de la Comisión Provincial de Cultura y la Ley 2869 de Fomento del Libro. El fundamento de la creación de dicha comisión -según el propio gobernador Iriondo- fue la existencia de “un extraordinario movimiento artístico” provincial que abarcaba diferentes expresiones del arte, la literatura, la ciencia y la filosofía el cual debía ser coordinado. Al igual que en otras áreas del estado, la tendencia fue hacia la centralización, el control y racionalización de los recursos:

En la participación que el Estado toma en los problemas que atañen a la cultura pública, se ha comenzado a observar la necesidad de concentrar estas tareas en cuerpos oficiales que las encaucen y centralicen. Es lo que se ha hecho en nuestro país (...) con la creación de la Comisión Nacional de Cultura. Con ello el Estado evita la desorganización y la improvisación de consecuencias tan graves en materia de esta índole, y obtiene el máximo rendimiento de los fondos que destina con ese objeto ejerciendo un control permanente sobre las instituciones subvencionadas.³²

La creación de la Comisión Provincial de Cultura fue producto de un proyecto de ley preparado por Juan Mantovani, ministro de Instrucción y Fomento (1938-1941), quien fortaleció la llegada de intelectuales y expertos vinculados con el clima pedagógico de la escuela nueva y sus distintas corrientes (Giménez, 2020). La función de este organismo para estimular la producción científica, filosófica, literaria y artística; propender a la formación de bibliotecas públicas en los pueblos de la provincia y organizar conferencias, conciertos, exposiciones, etc.; otorgar becas de estudio y perfeccionamiento y premios anuales a la producción intelectual y artística entre otras tareas. Se proyectaba la producción editorial (artículo 7) en caso de que los premios o las becas quedaran desiertos “las sumas remanentes serán destinadas a un fondo especial que deberá invertirse en obras de cultura pública, particularmente en la reedición de obras importantes agotadas, de autores santafesinos o que versen sobre esta provincia.”³³

(Editorial), 14-5-1943, p. 3. Agradezco el relevamiento sobre este tema a José Zanca.

32. Será enviado el mensaje a las comisiones legislativas mañana. (14 de abril de 1940). *El Orden*. <http://www.santafe.gov.ar/hemerotecadigital/diario/4028/?page=3&zl=4&xp=-1500&yp=-1110>.

33. Proyecto de creación de la Comisión Provincial de Cultura. (13 de abril de 1940). *El Litoral*. <http://www.santafe.gov.ar/hemerotecadigital/diario/18829/?page=4&zl=4&xp=-1309&yp=-621>.

Por su parte la Ley 2869 de Fomento del Libro (1940) preveía la organización de concursos locales. Las obras debían ser inéditas y el jurado debía estar compuesto de tres miembros designados uno por el Ministerio de Instrucción Pública y Fomento, otro por el señor Rector de la Universidad Nacional del Litoral y el tercero por los autores que intervengan en el certamen.³⁴ Como se ha señalado en otros estudios, los concursos eran una forma de conseguir un estímulo para los escritores -que generalmente vivían de otros trabajos públicos y privados- y la difusión de las obras en un momento en el cual las editoriales tenían limitadas posibilidades de inversión en proyectos de escritores noveles o cuyo influjo todavía se encontraba circunscripto a la región. En 1923 el escritor santafesino José Pedroni ganó el segundo premio del concurso nacional (Ley 9141 de 1913) con *La gota de agua*. El premio que recibió era una cuantiosa suma de 20.000 pesos que tal como observa Jorge Rivera se trataba de una cifra que contrastaba con los exiguos salarios y consumos populares de la época.³⁵ En el concurso para estimular al Libro santafesino podían participar todos los autores radicados en la provincia, con una residencia mínima de dos años. El jurado del primer certamen estaba compuesto por Domingo Buonocore, Nicanor Molinas y Alfonso Durán. Reunidos en la sala de profesores de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales discutieron la legitimidad del certamen porque se había presentado una sola obra. Domingo Buonocore argumentaba que una de las razones principales fue escasa difusión que tuvo el concurso. En sus argumentos señalaba que producción intelectual local de 1940 había sido elevada como indicaban los números de las publicaciones de “más de 40 obras de autores locales en los ramos de literatura, libros de imaginación, ensayos, historia, etc.” lo cual implicaba que de haber existido una mayor difusión, los escritores locales habrían presentado sus trabajos. Por otra parte, Nicanor Molinas alegó que la noticia del certamen había sido publicada en todos los diarios “lo que impide alegar su ignorancia y falta de difusión.” Estando Alfonso Durán de acuerdo con Molinas, el jurado pasa a otorgar el premio a

34. Ley 2869 de fomento del Libro sancionada por la Legislatura el 31 de mayo de 1940. Cámara de Senadores de la Provincia de Santa Fe.

35. Un sueldo obrero promedio rondaba los \$176 según mediciones del Departamento Nacional del Trabajo para 1929 mientras que los novedosos aparatos de radiofonía costaban 48 pesos en 1923 (Rivera, 1980).

la obra: "Fue en una noche de Corpus" del escritor Mateo Booz³⁶ con la abstención de Domingo Buonocore.³⁷ El texto histórico en verso sobre la fundación de Santa Fe fue publicado bajo el título "Aquella noche de Corpus..." en 1942 por la Imprenta de la Provincia de Santa Fe (185 páginas). Al parecer está política no tuvo continuidad ya que pocos años después la prensa local se lamentaba de la falta de implementación de estas políticas públicas: "Leyes como la de fomento del libro, que se dictaron en esta provincia, han quedado enervadas en la práctica desde hace algunos años. La Comisión Provincial de Cultura tampoco ha desarrollado la actividad para la cual fue creada, por falta de recursos y haber permanecido durante mucho tiempo desintegrada".³⁸

Las pocas muestras y exposiciones de libros que se hicieron en la ciudad fueron realizadas por organizaciones civiles (no por los imprenteros y editores) lo cual explica el desinterés por la dimensión comercial centrándose exclusivamente en la faz cultural de los libros.³⁹ Durante el mes de setiembre de 1931 se realizó una exposición itinerante del libro santafesino organizada por el Ateneo universitario y docente. La muestra se localizó en primer lugar en el hall del Teatro Municipal y a la semana siguiente en la biblioteca de la Escuela Domingo Faustino Sarmiento. La misma contaba con más de

36. Mateo Booz (seudónimo del escritor Miguel Ángel Alberto Correa) nació en Rosario en agosto de 1881 y falleció en Santa Fe en 1943. Cursó sus estudios secundarios en el Colegio Nacional durante el rectorado de Mariano de Vedia. "Residió con su familia por un tiempo en Buenos Aires y, a su regreso a su ciudad natal, se dedicó al periodismo. A fines del siglo XIX se incorporó como colaborador del diario *La Capital* y también colaboró en *Caras y Caretas* y *La Nación*." Ejerció variadas funciones públicas en Rosario (secretario de la Jefatura de Policía y subsecretario de Hacienda de la provincia) y Santa Fe (gerente del Banco Provincial; director del diario *Nueva Época*; presidente del Consejo de Educación de la provincia y director el Archivo de los Tribunales de Santa Fe en 1936). Al tiempo que escribía sus libros integró también la Comisión Provincial de Bellas Artes, la Asociación de Periodistas de Santa Fe y la Sociedad Argentina de Escritores, Filial Santa Fe. Publicaba en las revistas y diarios más importantes del país como *El Hogar*, *Mundo Argentino*, *Estampa*, etc. "En 1920 abandonó el periodismo profesional y se dedicó de lleno a la narración literaria convirtiéndose en uno de los más grandes cuentistas argentinos (Alonso 2012)."

37. Premio de fomento al libro. (24 de junio de 1941). *El Litoral*, <http://www.santafe.gov.ar/hemerotecadigital/diario/19258/?page=4&zl=4&xp=-1805&yp=-653>.

38. El libro Santafesino. (1947, septiembre 30). *El Litoral*.

39. Pierre Bourdieu (1999) señaló que "el libro, un objeto de doble faz, económica y simbólica, es a la vez mercancía y significación (p. 242)".

200 obras que según el periódico “constituyen el aporte local a las letras y a las ciencias, obras que representan esfuerzos, algunos de ellos altamente encomiables.” Entre los libros expuestos figuran los siguientes autores Lassaga, Martínez Zuviría, Manuel Gálvez, M. Cervera, Horacio Rodríguez, David Peña, Busaniche, Piñero, Alcira Bonazzola, Paulina Simoniello, Horacio Calillet-Bois, Rodolfo Borzone, Alcides Greca. Ismael Moya, Reynaldo Pastor. Los libros se expusieron durante varios días y en algún caso acompañaron obras de pintores locales. La convocatoria estaba dirigida a “todos los estudiosos y amantes de los libros”.⁴⁰ La Muestra del Libro Santafesino realizada en 1947 en el Club del Orden fue de otras dimensiones: expusieron más de 600 autores y se exhibieron 1.300 obras. En su discurso inaugural el presidente del Club del Orden Dr. Abelardo Irigoyen Freyre destacó la participación tanto de autores consagrados como de ignotos que se estaban abriendo camino en el campo de las letras, del arte o de la ciencia. No obstante, el valor de la Muestra -enfaticaba- constituía “algo más que la suma de los valores individuales de los diferentes autores reside fundamentalmente en la clara exteriorización de una generosa devoción por la cultura y el amor a la verdad.”⁴¹

Esta muestra en contraposición a otras realizadas en el país centraba la atención en los autores santafesinos (de toda la provincia), más que en las editoriales. Los volúmenes que se exhibían fueron aportados por bibliotecas⁴²; institutos⁴³, museos⁴⁴ y particulares entre los que se encontraban Enrique Candiotti, Nicanor Molinas, Ulises Mosset, Agustín Zapata Gollán entre otros. Entre las editoriales de la ciudad (porque también había autores y editoriales rosarinas) que proporcionaron obras a dicha muestra se encontraban la Imprenta de la Universidad Nacional del Litoral; Editorial Castellví, Colmegna; Libre-

40. Mañana será inaugurada la exposición del libro santafesino en esta ciudad. (1931, septiembre 24). *El Orden*. Recuperado de <http://www.santafe.gov.ar/hemerotecadigital/diario/1298/?page=3&zl=4&xp=-2467&yp=-1224>

41. Se inauguró la muestra del libro santafesino. (1 de octubre de 1947). *El Litoral*, <http://www.santafe.gov.ar/hemerotecadigital/diario/21569/?page=5&zl=4&xp=-1528&yp=-681>.

42. Biblioteca de la Asociación de Exalumnos de la Compañía de Jesús; Biblioteca del Colegio Inmaculada; Biblioteca Municipal Bernardino Rivadavia, Biblioteca de la Sociedad Cosmopolita.

43. Instituto Experimental de Investigaciones y Fomento Agrícola-ganadero.

44. Museo Rosa Galisteo de Rodríguez; Museo Histórico Provincial de Rosario.

ría Colombo y Pérez. El catálogo permite reconstruir por un lado la constitución de un incipiente campo intelectual local y una ceñida pero creciente industria editorial. Los organizadores de la muestra decían que era una tarea necesaria en cualquier momento de la historia porque una actividad de este tipo permitía “observar lo andado, con ánimo de ver sin prejuicios.”⁴⁵ De lo presentado en el catálogo se observa que muchos autores publicaban con imprentas y editoriales de Buenos Aires (Imprenta Mercatali; Editorial Maucci, Editorial Tor, Editorial Difusión, Editorial Librería Cervantes, Editorial Jacobo Peuser, Editorial Coni, Editorial Rosso; Editorial Gleizer). Mateo Booz, uno de los escritores más renombrados del período, publicó sus novelas y libros de poesía con Editorial El Ateneo; Editorial Kraft; Editorial Ilustración Río Platense entre otras. Algunos autores -aunque son la minoría- publican también en el exterior, como por ejemplo Alberto Candiotti que publica una novela y un libro de poesía en Francia y en Colombia⁴⁶ A partir de los años treinta la Editorial Castellví y la Imprenta de la Universidad Nacional del Litoral -como hemos señalado anteriormente- comienzan a tener una mayor producción editorial. Este crecimiento de las ediciones locales coincide con el desarrollo del sector a nivel nacional producto de la interrupción de la importación de libros españoles por la Guerra Civil

CONCLUSIONES

En este trabajo hemos analizado el universo editorial santafesino en tanto dispositivos centrales de un proceso de modernización cultural que incluyó una ampliación de los públicos lectores tanto en la ciudad como en otros ámbitos rurales y urbanos del país. La presencia de los libros editados en Santa Fe en bibliotecas de diferente índole y situadas en puntos geográficos extremadamente variados (especialmente en lo que respecta a la distribución de la editorial universitaria) da cuenta de la irradiación cultural que esta ciudad situada en la pampa húmeda promovió a partir de proyectos editoriales que cubrían temáticas heterogéneas. Las editoriales analizadas fueron actores fundamentales en el

45. Club del Orden. Muestra del libro santafesino. Santa Fe: Librería y Editorial Castellví, 1947.

46. *Le coffret émaille* y *Le jardin de l'amour* (ambos publicados por Nouvelles éditions latines en 1935) mientras que en Bogotá publica *El benemérito coronel Vicente Vanegas, llamado Caricortado* publicado en 1941 por la Imprenta Nacional de Colombia.

proceso de *desacralización* del libro a nivel local, aunque también existieron algunas limitaciones propias de tradiciones y costumbres. En este sentido analizamos las muestras y exposiciones locales, las cuales se diferencian en forma notable de la primera Feria del Libro realizada en 1943 en Buenos Aires en la cual los editores organizados presentaron de forma contundente un nuevo concepto del libro (Rubinzal, en prensa). En la ciudad de Santa Fe fueron organizadas por asociaciones civiles en recintos cerrados y con capacidad limitada a contramano de las ferias realizadas en la trama urbana especialmente disponible para todos los ciudadanos.

La circulación de libros, enfocando no sólo la edición comercial sino también la actividad de las imprentas con las ediciones de autor y la edición universitaria proporciona un escenario signado por el dinamismo cultural en muchos sentidos destacable. Los catálogos además de ser heterogéneos muestran un conjunto de autores locales y nacionales, a la vez que proyectos editoriales ambiciosos en cuanto a la distribución de un área geográfica extensa a nivel nacional. El estado conservador de la segunda mitad de los años treinta intervino de diversas maneras en la actividad editorial. Como medida claramente regresiva la nueva Ley de Imprenta (1937) llevaba implícita una plataforma desde la cual controlar el mercado editorial y vigilar a los editores. No obstante, esta herramienta legal -la cual generó numerosos debates hasta su derogación en 1943- no parece haber afectado al campo editorial sino más a bien a la prensa periódica y, especialmente, a la prensa gremial. Desde otro clivaje la creación de la Comisión Provincial de Cultura (1940) y la Ley 2869 de Fomento del Libro buscaron impulsar el mundo editorial a partir de concursos literarios y estímulos a través de becas y premios anuales. Los resultados no parecen haber sido significativos en estas áreas ya que no pudo constarse una continuidad de los certámenes ni de las políticas que preveían la realización de exposiciones de orden cultural.

Las grandes y -en cierta manera- irresolubles preguntas que nos quedan por abordar son las relativas a los lectores: ¿Quiénes eran los lectores de los productos de las editoriales santafesinas? ¿Cuáles eran sus preferencias? ¿Cómo eran consumidos estos productos? En este aspecto se dibuja una incógnita siempre presente sobre la suerte de los libros una vez que “salen” de las vitrinas, que remite al trabajo interpretativo imprevisible y múltiple que los lectores producen durante la lectura. Las “formas o maneras de

hacer” las lecturas constituyen trayectorias de consumo originales (De Certeau, 1996) por lo que se trata de un universo fundamentalmente inasible. No obstante, la indagación realizada sobre los catálogos nos muestra posibles lectores interesados en literatura, pero también en ciencias, oficios, producción, biografías, política y, en menor medida, religión. Nuestro análisis del mundo editorial nos permite presuponer que en este período una notable mayor cantidad de lectores tuvieron acceso tanto a la producción editorial local como a los libros provenientes de otras editoriales del país, a través de la consulta en bibliotecas populares o la compra de los mismos también en las librerías-editoriales Colmegna y Castellví. Así el crecimiento editorial local estuvo a la altura de un proceso de modernización cultural que tuvo como centro la *desacralización* del libro y la lectura, al tiempo que ampliaba el universo de lectores sobre la base de incluir en el catálogo textos (además del género literario ampliamente preferido por el público masivo) plausibles de ser leídos por diferentes sectores trabajadores: maestros, productores rurales, pedagogos, músicos, periodistas, abogados, tipógrafos, y otros oficios santafesinos.

BIBLIOGRAFÍA

- Batticuore, G. (2007). Lectura y consumo en la cultura argentina de entresiglos. *Estudios*, 15 (29), 123-142.
- Berman M. (2001). *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*. Argentina: Siglo XXI Ediciones.
- Bourdieu, P. (1999). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bunge, A. (1932). *El continente rojo*. Buenos Aires: Editorial L. J. Rosso.
- Castellano, P. (2005). *La distribución de libros en Latinoamérica en vísperas de la Primera Guerra Mundial*. Pessac: Université Michel de Montaigne Bordeaux: 3 PILAR.
- Sábato, H. (2004). *La política en las calles: entre el voto y la movilización, Buenos Aires, 1862-1880*.
- Damianovich, A. (2013). *El periodismo en Santa Fe 1828-1983*. Historia del periodismo argentino / Armando Alonso Piñeiro. Buenos Aires: Academia Nacional de Periodismo.

- De Sagastizábal, L., (1995). *La Edición de Libros en la Argentina. Una empresa de cultura*. Buenos Aires: Eudeba.
- Eujanián, A. (1999). *La cultura: público, autores y editores*. En AAVV *Liberalismo, estado y orden burgués (1852-1880)*. Nueva Historia Argentina, T IV. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Fernández, S., Videla, O. (Comps.) (2008) *Ciudad oblicua. Aproximaciones a temas e intérpretes de la entreguerra rosarina*. Rosario: La quinta pata & Camino ediciones.
- Gasió, G., García Cedro, G. (2011). *Que sean libros en blanco*. Buenos Aires: Teseo.
- Galassi, G. (2006). Asociacionismo e identidad. En Fernández, S. *Sociabilidad, corporaciones, instituciones (1860-1930)* (pp. 67-78). Rosario: Prohistoria-La Capital.
- Giménez, J. C. (2020). Políticas educativas y reformas pedagógicas en la Santa Fe de los años treinta. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- Ginzburg, C. (1981). *El Queso y los gusanos: El cosmos, según un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Muchnik.
- Girón, A. Hochadel, O. y Vallejo, G. (Eds.) (2018). *Saberes transatlánticos: Barcelona y Buenos Aires: conexiones, confluencias, comparaciones (1850-1940)*. Madrid: Ediciones Doce Calles.
- Giuliani, A. (2018). *Editores y política: entre el mercado Latinoamericano de libros y el primer Peronismo (1938-1955)*. Buenos Aires: Tren en movimiento.
- Gutiérrez, L., Romero, L.A., (1989). Sociedades barriales, bibliotecas populares y cultura de los sectores populares: Buenos Aires, 1920-1945». *Desarrollo Económico* 29, n.o 113 (abril de 1989)
- Horowitz, J. Finding a Place to Read: Popular Libraries in Greater Buenos Aires before 1945, Mimeo, 2016.
- Lobato, M. Z. (2009). *La prensa obrera: Buenos Aires y Montevideo, 1890-1958*. Buenos Aires: Edhasa.
- Macor, D. (2005). *Nación y Provincia en la Crisis de Los Años Treinta*. Santa Fe: Ediciones UNL.

- Macor, D., Bacolla, N. (2009). Centralismo y modernización técnica en la reformulación del Estado argentino. El caso provincial santafesino, 1930-1950. *EIAL: Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Buenos Aires: Univ. Nacional de Quilmes.
- Muller, L., (2011). Modernidades de Provincia: estado y arquitectura en la ciudad de Santa Fe (1935-1943). Santa Fe: Universidad Nacional del litoral.
- Orge, B., & Bertolino, M. (2018). *Hacia una periodización crítica de la edición de literatura en la provincia de Santa Fe*. Presentado en Rosario. Rosario.
- Piazzesi, S. (2009). Conservadores en provincia: el iriondismo santafesino, 1937-1943. Santa Fe, Argentina: Ediciones UNL.
- Piazzesi, S., (s/f). Las modalidades del intervencionismo social en un gobierno provincial Santa Fe, 1937-1943. Santa Fe: s/ed.
- Piazzesi, S., (2001). Elite política y cuestión electoral. El antipersonalismo en el gobierno santafesino, 1937-1943, *Anuario IEHS*, 16, 161-177.
- Prol, M. (2009). El Estado Nacional y la provincia de Santa Fe, 1943-1955: peronismo, ingeniería institucional y partido político. Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires.
- Rivera, J., (1998). *El escritor y la industria cultural*. Buenos Aires, Atuel.
- Rivera, J., (1981). *El auge de la Industria Cultural (1930-1955)*. Buenos Aires: CEA.
- Rivera, J. (1980). La forja del escritor profesional (1900-1930)". En *La historia de la literatura argentina* Tomo 57. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Rocchi, F. (1998). Consumir es un placer: La industria y la expansión de la demanda en Buenos Aires a la vuelta del siglo pasado, *Desarrollo Económico*, 37, 533-558.
- Rocchi, F. (2002). *Inventando la soberanía del consumidor, publicidad, privacidad y revolución del mercado en Argentina, 1860-1940*. Buenos Aires: Taurus.
- Rodríguez, M. (2017). Discursos y representaciones sociales en los orígenes de Bibliotecas Populares de la ciudad de Santa Fe (1900-1920). Licenciatura en Bibliotecología, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional del Litoral.

- Roldán, D. (2012). La invención de las masas. Ciudad, corporalidades y culturas. Rosario 1910-1945. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP).
- Rubinzal, M., (2017). Contra la revolución: circulación cultural y discursos decadentistas en la Argentina. *Prismas: revista de historia intelectual*, 21, 241-246.
- Rubinzal, M., Zanca, J. (2015). Primeras Armas y sus pequeños lectores. La Argentina católica de entreguerras”, *Iberoamericana*, 15 (60), 117-132.
- Rubinzal, M. (2012). *El nacionalismo frente a la cuestión social en Argentina (1930-1943)*. Tesis Doctoral. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 2012. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.450/te.450.pdf>
- Rubinzal, M. (En prensa). Libros y lectores en disputa: la primera Feria del Libro en Argentina (1943). *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani.”*
- Rubinzal, M., Rubinzal, I., Itinerarios de la industria editorial en la Argentina. La Cámara Argentina del Libro (1938-2013). *Realidad Económica*, 278, 75-88.
- Tato, M. I. (2014). Una sociedad movilizada: la Argentina y la Primera Guerra Mundial», *Ciencia Hoy*, 24 (139), 15-20.
- Sarlo, B. (2007). Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Yujnovsky, I., (2004). Una vista panorámica de huelgas, manifestaciones y mítines en Caras y Caretas: prensa y fotografía a principios del siglo XX en Argentina. *América Latina en la Historia Económica* 11, (2) 129-153.